

EL CINE MEXICANO EN BUSCA DE SU PÚBLICO

Pedro Matute Villaseñor.

Hace varias décadas (unas siete aproximadamente) el cine era una diversión popular. El público asistente llenaba grandes salas con capacidad de hasta dos mil quinientas butacas, se programaban de dos y hasta tres películas, pasándose ahí varias horas disfrutando de su entretenimiento favorito, iba toda la familia, ahí se convivía, comían, paseaban, era como ir a un día de campo pero en lo obscuro. Toda la producción mexicana salía a exhibición y acaparaba alrededor del sesenta por ciento de los espectadores, dejándoles el cuarenta por ciento a los films de otras nacionalidades. El cine mexicano estaba en pleno auge, con una producción superior a las cien películas anuales y llegó a ser la sexta industria del país, “solo debajo de la laminación, el ensamblaje de automóviles, el acero. La cerveza y los acabados de algodón”, según lo menciona Emilio García Riera en su libro Breve Historia del Cine Mexicano, Primer Siglo 1897-1997, P. 123. Pero hay que mencionar que en ese tiempo la cinematografía nacional recibió varias ayudas como la de la segunda guerra mundial que inhibió la producción de Hollywood y la Europea y de una Ley de Cinematografía que obligaba a que todas las películas mexicanas se exhibieran.

Fueron los mejores tiempos del cine nacional en cuanto a rentabilidad se refiere, lo cual es imposible que se dé sin una masiva asistencia de público. Era tal su importancia que se llegaron a construir verdaderas joyas arquitectónicas (la joya arquitectónica estaba dentro del cine y no en el exterior) para poder apreciar el séptimo arte, como el Alameda de Guadalajara: dentro se asemejaba a una ciudad, había fachadas de casas adosadas a los muros, se iluminaban las ventanas, (nosotros de niños quedábamos estupefactos ante tal maravilla y llenos de envidia porque nos decían que ahí vivía gente y añorábamos cambiarnos a ese lugar para poder ver cine gratis), el techo estaba lleno de pequeñas luminarias que nos hablaban que eran estrellas (y por supuesto que les creíamos a nuestros padres), la pantalla estaba cubierta de varios cortinajes y era un espectáculo cuando iba a iniciar la función, ya que primero tocaban unas fanfarrias, luego lentamente se iban abriendo los cortinajes (eran como tres), unos horizontalmente, otros verticalmente, otros se recogían transversalmente desde los ángulos superiores, al mismo tiempo que la luz iba disminuyendo gradualmente en su intensidad, creando una gran expectativa hasta que

aparecía la pantalla que de inmediato era bañada con el haz de luz proveniente del proyector que daba inicio al film que se exhibiría.

En este tipo de salas cinematográficas no solo exhibían películas mexicanas, sino también extranjeras ya que eran los más lujosos y querían que su público fuera de estratos sociales elevados. Pero los espectadores que tenía mayormente nuestra cinematografía eran de clases bajas y media baja, debido fundamentalmente a que eran en español y los podían leer porque el analfabetismo era muy alto en esa época en nuestro país y estaba muy ligado al estrato social, es decir conforme el estrato social era más bajo aumentaba el nivel de analfabetismo, además que las historias que narraban estaban destinadas a este tipo de personas que se identificaban con ellas y sus protagonistas (por ejemplo “Nosotros los pobres”, “Espaldas Mojadas”, “Campeón sin Corona”, etc. , siendo los principales protagonistas Pedro Infante y Jorge Negrete, entre otros.) Mención aparte merecen las películas interpretadas por “Cantinflas” que llegaban a todo público y algunas dirigidas por el “Indio” Fernández, y otros directores que tenían algún prestigio, que eran apreciadas por todas las clases sociales (“La Barraca”, “Distinto Amanecer”, “El Esqueleto de la Señora Morales”, etc.) (Buñuel se cuece aparte).

Lo demás ya es bien sabido. Ya que se recuperaron la industria Hollywoodense y la Europea, la calidad del cine mexicano fue de mal en peor (salvo dos o tres films que eran los destinados a los festivales) con la consiguiente pérdida de mercados, primero los europeos, luego los latinoamericanos, después el estadounidense y por último el interno, lo que irremediablemente iba acompañado de la disminución de espectadores a los que les dejo de gustar el cine que producía nuestro país, por mal hecho, banal y falta de calidad y contenidos interesantes, logrando retener únicamente a los estratos más bajos de la población y por supuesto analfabetas o analfabetas funcionales, gracias a la intervención del gobierno que mantuvo congelado el precio del boleto durante más de dos décadas a un costo sumamente bajo y la otra gran ayuda que recibió fue que el doblaje siguió estando prohibido.

En el sexenio de Luis Echeverría (1970-1976) se intento y se logro mejorar sustancialmente la calidad de las películas gracias a un proceso de semi estatización de la industria cinematográfica al tomar el gobierno una parte muy activa en el proceso de producción

cinematográfica realizando la mayor parte de los films que manufacturaba el país, y dando acceso a nuevos directores con ideas frescas y que les imprimían una gran calidad tanto formal como técnica, además que las historias que narraban eran novedosas y de mayor interés de las que comúnmente inundaban las pantallas. Pese a que fue una época de esplendidas películas (“Canoa”, “La Pasión según Berenice”, “Los Albañiles”, Etc.) los resultados no fueron los esperados en su totalidad aunque se logro recuperar parte del mercado de las clases medias que se interesaron e identificaron con este tipo de films, ya que por una parte la difusión del material tanto en México como en el extranjero se perdía en el marasmo burocrático y por otro lado este tipo de films era dirigido a las clases medias que no estaban preparadas para aceptarlo en su totalidad y a las clases bajas y analfabetas no les gustaba y lo rechazaban, por lo que no se continuo con esta política y al cambio de sexenio hubo un retroceso absoluto al volver a los viejos esquemas de producción que aunque lograron recuperar el publico de clase baja y analfabeta, se perdió por completo la calidad fílmica que se había alcanzado y los segmentos de mercado y por supuesto de público que se habían recuperado.

En México hay una correlación indisoluble entre clases sociales, formación académica, nivel educativo, cultura e identidad. Por lo que cada estrato social tiene muy marcado su entorno, y lo que se quiso hacer en este sexenio fue que al elevar la calidad de las películas con historias sumamente diferentes recuperar el segmento de mercado de las clases medias y altas, lo cual a la postre no se logro del todo y se abandono esta política al cambio de sexenio.

Y así siguió en picada el Cine Mexicano pero manteniendo una producción de alrededor de cien películas, gracias a los apoyos gubernamentales que tenía, que beneficiaban a productores y sindicatos y de alguna manera se puede decir que lo subsidiaba. Con el advenimiento de las videocaseteras, la liberación del precio del boleto en taquilla provocado por las eternas crisis económicas que depauperaban más a la gente, el público amante de este tipo de películas de ínfima calidad se fue retirando de las salas de exhibición.

Y fue el Presidente Carlos Salinas de Gortari que en su afán de que se firmara el Tratado de Libre Comercio, modifico la Ley de Cinematografía reduciendo el tiempo de pantalla del

50% al 10%, autorizando el doblaje de todas las películas tanto para las que se proyectarían en los cines como para las que se transmitieran por televisión y desincorporando del estado todos los activos cinematográficos y televisivos, con lo que la producción cinematográfica ahora si cayó en picada y de paso le entrego a los gringos en bandeja de plata toda la industria cinematográfica.

Este breve recuento histórico es para contextualizar lo que pasa y ha pasado el cine mexicano hasta llegar a la actualidad, momento que es el objeto del presente texto, en que pese a la gran creatividad que vive actualmente, alrededor de la mitad de las películas no llegan a las pantallas debido a todos los vericuetos que tienen que sortear enfrentándose a los distribuidores y exhibidores que parecen ser sus peores enemigos y que sin la intervención de ellos es imposible que llegue a las pantallas, por eso en la búsqueda que hace el cine mexicano de un público que pueda apreciarlo es indispensable tomar a estos sectores de la industria cinematográfica muy en cuenta.

El punto de quiebre fue en 1997 cuando solo se produjeron nueve películas, el nivel más bajo desde 1932 cuando se iniciaba la industria cinematográfica en México, por lo que a semejanza del Ave Fénix el cine mexicano tuvo que renacer de sus cenizas.

Renovarse o morir fueron las palabras que retumbaron en las cabezas de todos aquellos que estaban inmiscuidos en el quehacer cinematográfico y que lo veían como una forma de expresión estética, calidad narrativa, formal y técnica, cohesionamiento de la identidad de los mexicanos, historias interesantes, etc., y no solo como películas mal hechas que proponían un entretenimiento banal y su única finalidad era la rentabilidad económica, la cual lograban aun antes de producirlas.

Entonces ante esta perspectiva surgieron una serie de situaciones para que el Ave Fénix pudiera retomar el vuelo:

1. una reorientación temática: cuando las clases analfabetas y los estratos sociales más bajos de la población dejaron de tener poder adquisitivo para comprar el descongelado boleto de ingreso a las salas cinematográficas, encontraron en los videohomes el sustituto ideal para sus necesidades de este tipo de entretenimiento mismo lugar a que se fueron a refugiar los productores tradicionales llevándose afortunadamente con ellos a los narcos, las

ficheras las sexycomedias ramplonas y albureras y los temas más abyectos que cotidianamente se posesionaban de las pantallas; ahora atacando el mercado de clases medias con historias de su interés en las que se reconocen – diría Jesús Martín Barbero- en su identidad y cultura han atraído a este sector de la población con films como “El Crimen del Padre Amaro”, “Sexo, Pudor y Lágrimas”, “La Ley de Herodes”, “ Amores Perros”, por solo mencionar algunos de los más recientes.

2.- Una mejoría en la calidad: al tener que darle gusto a un público más exigente las películas mexicanas se han visto forzadas a tener una producción muy cuidada invirtiendo un mayor número de recursos económicos, técnicos y humanos, lo que se ha visto reflejado en una narrativa más dinámica que no aburre al espectador, verosimilitud en las historias que cuentan y en la forma que estas se desarrollan, una depuración en la calidad técnica y artística evitando errores que eran notoriamente visibles en las películas de antaño, actuaciones convincentes y contenidos de interés para el nuevo tipo de audiencia a que está llegando.

3.- La coproducción con otros países principalmente con España y Argentina con el objeto de tener más nichos mercado buscando crear un incipiente mercado Iberoamericano que haga posible una mejor y más rápida recuperación de la inversión, exhibiéndose en lugares que puedan tener arraigo y el público reconocerse en dichos films, lo que fomentaría el interés por asistir a sus exhibiciones.

4.- La Competencia con la producción Norteamericana: anteriormente el público antes mencionado era cautivo de las películas norteamericanas por lo que el cine mexicano ha ido luchando contracorriente, obligándose a ser mejor, para irle arrebatando pedazos de mercado y lo está logrando, gracias a su notoria mejoría en la calidad de producción como en las historias que le narra a este sector de la población.

5.- El sindicalismo que a regañadientes tuvo que ir aceptando las nuevas condiciones laborales, flexibilizando sus posturas aunque todavía debe de poner más de su parte para

lograr una mayor producción de películas y por ende un crecimiento en los empleos directos e indirectos que pululan alrededor de la industria fílmica.

6.- Y paradójicamente, el gobierno, en las postrimerías del sexenio de Zedillo, dándose cuenta que la industria cinematográfica estaba a punto de desaparecer después de haber sido la sexta del país, se compadeció de ella y le entregó al Instituto Mexicano de Cinematografía (IMCINE en lo sucesivo) la cantidad de 135 millones de pesos (que pensaron que sería el presupuesto anual, pero cual va siendo su desilusión al darse cuenta que fue por única vez, por lo que siguen estirando esos pesos) la que estaría destinada a producir cine autoral, experimental y operas primas, que servirían para echar a andar de nuevo la maquinaria de la fábrica de sueños y al mismo tiempo que IMCINE fungiera como coproductor y punto de enlace para conseguir financiamientos nacionales y extranjeros.

La imbricación de estas entidades empezó a dar sus frutos basándose en la calidad de sus creaciones que cada vez eran más solicitadas para participar en eventos internacionales pasando de 90 invitaciones en el año 2000, a 190 en el 2001 y 253 en el 2002, un crecimiento de alrededor del 275% lo que nos habla que el muerto estaba resucitando.

Ya con el anquilosado sistema de producción cinematográfica fuera y con el advenimiento de nuevos talentos y formas de realizar películas aprovechando las nuevas tecnologías, se vio en las pantallas films frescos, novedosos en cuanto a su temática, de una calidad muy aceptable tanto en lo artístico como en lo formal, que no tardaron en ser galardonadas en diversos festivales alrededor del orbe, y por consiguiente que un nuevo tipo de público acudiera a apreciarlas en muchos casos en cantidades significativas, por lo que la producción mexicana inició de nuevo su marcha ascendente logrando actualmente una media de 60 largometrajes al año.

Era indudable que el cine mexicano había encontrado gran parte de su público, que su búsqueda no había sido en vano, pero no solo es el problema de la producción, de la calidad estética y técnica de los films, sino también de que estos se exhiban. Un film enlatado es obvio que no tiene público y para encontrarlo tiene que ser a través de distribuidores y

exhibidores. En esos años (2003) no había problema porque solo se elaboraban catorce films anuales y todos llegaban a las carteleras.

Si bien al principio todo fue festejo y alegría, pronto se encontraron con el problema total de cómo hacerle para que acudiera más público a las salas de exhibición cinematográfica.

Y el gozo se vino al pozo. Al día siguiente de que las autoridades gubernamentales mexicanas les ofrecieron un cena de homenaje a lo más relevante de la familia cinematográfica por todos los logros alcanzados y poner el nombre de México por las nubes en los distintos festivales del mundo, prometiéndoles que incentivarían la producción de films destinando más recursos a ese efecto y que por lo pronto los distribuidores (en su mayoría norteamericanos y quienes se llevan la tajada del león en la repartición de los ingresos en taquilla), tendrían que aportar un peso del precio del boleto para fomentar el cine de calidad.

Al día siguiente el Presidente de la república en turno, Vicente Fox, recibió una cartita de Jack Valenti, presidente de la Motion Pictures Association of American, en la que le decía que el gobierno de Estados Unidos veía muy mal esa propuesta y con la cual varias empresas de toda índole se podrían retirar de México y que las que estaban pensando en invertir en el país no lo harían. Lo que hizo Fox es bien sabido: tratar de cerrar o deshacerse de las industrias culturales del país a lo que todos los artistas, intelectuales, académicos, etc. Mexicanos, se opusieron rotundamente. Caso curioso el de la escuela de cine que quiso cerrar y el gobernador del Distrito Federal Andrés Manuel López Obrador la rescato y dijo que su gobierno se haría cargo de ella. Al final lo único que sucedió es que redujeron sustancialmente el presupuesto para cualquier cosa que tuviera que ver con la cultura. Y la gente de cine tuvo que despertar en la cruda realidad de que estaba en manos de los gringos.

A partir de este año (2004) la producción mexicana redujo mucho su calidad y la cantidad tuvo varios altibajos hasta lograr establecerse en alrededor de sesenta películas por año, de las cuales como la mitad no se exhiben o lo hacen mucho tiempo después de que fueron producidas y promovidas en festivales internacionales, sin importar que algunas hayan obtenido varias distinciones en los mismos.

Otro problema es que las que logran llegar a las carteleras duran poco tiempo en pantalla en la mayoría de los casos debido a los altos toques que les asignan, el sistema de mercadeo y publicidad utilizados y por último, que llevan mano las producciones del vecino país del norte.

Este sistema consiste en una gran difusión masiva por televisión, Inmensos espectaculares situados estratégicamente en las ciudades, grandes desplegados en los periódicos, compra de espacios en los mismos que hablen de la película positivamente, con fotografías de la misma, entrevistas a actores y directores y lo mismo sucede en la televisión en los noticieros y programas que consideran adecuados, además de utilizar internet con páginas web y en los sitios de espectáculos y paginas que son muy visitadas donde pagan su publicidad. Todo esto lo hacen con mucha fuerza previo al estreno de la película, Además de que constantemente están en los medios de difusión chismes y noticias de lo que hacen y desasen las personas inmiscuidas en la farándula (hollywoodense por supuesto) y los proyectos que piensan realizar, esto en la mayoría de los casos es pagado y varias películas gastan más en publicidad, propaganda y promoción que en el costo de producción de la misma. Erogar estas altas sumas de dinero para realizar este tipo de campañas es inalcanzable para los films mexicanos que se tienen que conformar con unos cuantos anuncios en los periódicos y con el tiempo gratuito que tengan a bien otorgarles televisoras y radiodifusoras para entrevistas y comentarios.

Al estrenarse el film, las compañías norteamericanas lo hacen regularmente con un mínimo de trescientas copias y llegando en muchos casos a las mil quinientas con lo que cooptan la mayoría de las salas de exhibición, intensificando fuertemente su publicidad en radio, prensa y televisión. En cambio las mexicanas en contadas ocasiones rebasan las cincuenta copias, encontrándose en clara desventaja ante las norteamericanas. En esta situación tienen solo cuatro días (viernes, sábado, domingo y lunes) para alcanzar el tope de ingresos asignados y seguir en cartelera otra semana más, como se ve el negocio del cine para los productores de películas es de altísimo riesgo al tener tan poco tiempo para intentar recuperar su inversión. Y ya se empieza a demostrar que empieza a ser antifuncional debido a que films que estuvieron poco tiempo en cartelera tienen gran demanda en su versión de DVD.

Para las películas mexicanas está claro que este sistema de publicidad, propaganda y promoción no funciona por sus altísimos costos y la gente le tiene desconfianza a la calidad de la película que anuncian, hasta que otras personas se la recomiendan, la publicidad de boca en boca es la mejor que puede tener el cine mexicano, pero para que se dé esto el film debe permanecer más tiempo en cartelera, otra forma de llevar público a las salas de exhibición es cuando alguna autoridad (gubernamental o del clero católico) intenta censurarlas como sucedió con “Presunto Culpable”, “El Crimen del Padre Amaro”, “Y Tu Mama También” y algunas más.

Si bien es cierto que ha desaparecido la censura oficial por parte de las autoridades gubernamentales, ahora padecemos otra peor que es la económica, a cargo de las distribuidoras norteamericanas que controlan más del ochenta por ciento de la exhibición cinematográfica en el país. Ellos son los que deciden que es lo que podemos ver y por supuesto que son las producciones norteamericanas cuya única finalidad es la implementación de la ideología dominante y la rentabilidad económica.

Fuera de las superproducciones espectaculares también llamadas blockbusters que no son más de veinticinco al año, los demás films norteamericanos no recaudan en taquilla más que una película mexicana que no sea de éxito, sin embargo las siguen relegando simple y sencillamente porque los nuevos amos del cine mexicano quieren que el dinero se vaya al vecino país del norte.

Las películas mexicanas de éxito han sido aquellas que aparte de tener una excelente calidad, las distribuidoras norteamericanas que en algunos casos han sido coproductoras, se han encargado de promoverlas a la usanza de cualquier film que ellos poseen sin importar la temática, y con solo tres films generaron el 35% de los espectadores que apreciaron cine nacional en el 2010.

Pese a que nuestra cinematografía vive momentos de gran creatividad, con la asistencia del público ocurre que cada vez se aleja más de las salas de exhibición en donde se encuentran nuestros films. En 2009 solo el 7% de los espectadores vio cine mexicano y esa cifra descendió en el 2010 al 6.1%. ¿y porque está ocurriendo esto?, simple y sencillamente por el oligopolio tanto de distribuidores como exhibidores que maneja la industria cultural del

cine en México, que no les interesa en lo más mínimo difundir el cine nacional con la creencia de que el norteamericano es mucho más rentable, por eso cuando una película mexicana llega a la cartelera, le dan las peores fechas, los peores horarios y las peores salas, de esta manera es imposible que nuestra cinematografía llegue a su público y solo sirve para que sea la excusa de los exhibidores de porque se niegan a proyectar nuestros films.

El cine mexicano ahora tiene competencia y no como antaño, y además la competencia es la más dura del mundo, ha dejado de ser una diversión popular que tenía un público cautivo, con un precio por boleto a precios sumamente accesibles, para convertirse en una diversión para las clases medias, con un precio por boleto alto para nuestra sociedad, por lo que quien va al cine tiene que decidir entre qué película ver para no salir decepcionado.

Los productores nacionales le dan la vuelta para tratar de conocer porque no se exhiben sus films o porque no acude el público a apreciarlos, que si no tienen la calidad suficiente, que si el género no es del gusto de la gente, que si el contenido es inapropiado, cuando es bien sabido que las historias con potencial para atraer público son aquellas que se identifican con el entorno y la identidad del espectador y que formen parte del imaginario colectivo nacional y si de género se trata la comedia es el más demandado porque para los espectadores salir a ver una película es sinónimo de diversión y entretenimiento.

Pero eso solo es una parte del problema en esta búsqueda, problema que prácticamente está resuelto, pero el problema real, al que le dan rodeos y no se quiere afrontar es la inequitativa y desigual lucha contra el oligopolio que controla la cinematografía nacional, y tal es su poder que ni siquiera cumplen con la ley de otorgar el diez por ciento de tiempo de pantalla a las producciones nacionales, relegándolas para haber cuando pueden hacerles el favor de estrenarlas y he ahí el motivo por el que alrededor de la mitad de nuestras producciones nunca llegan a las carteleras.

El cine mexicano tras su larga búsqueda parece que ha encontrado a su público con material para los diferentes segmentos de mercado y si es apreciado y muchísimo dada la gran demanda que tiene pero en DVD, los cuales se comercializan en tianguis y mercados con un excelente sistema de distribución hecho en México, a precios sumamente accesibles, pero lo lamentable de esto es que el sector primario de la industria cinematográfica (los

productores) no reciban un solo centavo de regalías, aunque directores y actores pueden estar satisfechos de que sus films circulan por todo el país y con mucho éxito.

Volvemos a lo anterior. El problema real de cine mexicano y por el cual no encuentra a su público en las salas cinematográficas, es de políticas públicas. Se debe cambiar la legislación cinematográfica y hacer que los exhibidores la cumplan, obligándolos a que todas las producciones mexicanas sean estrenadas en su año de producción o conforme se vayan terminando, dándoles corrida completa y no solo una función, dejándolas un mínimo de dos semanas en cartelera sin importar lo que recauden y si esta va en ascenso, dejarlas todo el tiempo necesario y no las quiten por darle la sala a una cinta norteamericana, que tengan buenas fechas de exhibición, que se exhiban en todo el país, que siempre se encuentre en todos los complejos cinematográficos mínimamente un film nacional en corrida completa y que la repartición del ingreso en taquilla sea más equitativa otorgándole un porcentaje mayor al productor. La producción de cine en México no puede disociarse de la distribución y exhibición para que llegue al público que ya ha encontrado.

Como señale líneas atrás, el cine mexicano está pasando por una de sus mejores etapas de creatividad, no dejemos que eso se pierda y apoyémosle para que se difunda, además México es el quinto país del mundo en recaudaciones en taquilla, por lo que es imprescindible recuperar el mercado interno. Para lograr esto necesitamos un Presidente de la republica fuerte, que se atreva a enfrentarse al imperio norteamericano, cambiando la ley de cinematografía en beneficio de la industria cultural del cine mexicano y hacerla cumplir, y no como el timorato de Vicente Fox que tembló ante una cartita de Jack Valenti.